

—No corre ninguna prisa—interrumpió Orlov, mirándome fríamente.—Antes hay que instalarse en otro piso.

En su casa no había cocinero ni caballos, porque le preocupaba poco tener, como él decía, «la casa mal arreglada;» nos sufría por necesidad. Lo que se llama «un hogar» con sus indispensables mezquindades y alegrías, lastimaba los gustos de Orlov como si fuera trivial. Para él, tener en casa una mujer encinta, tener niños, era una cosa vulgar, era cursi.

Yo ansiaba saber cómo iban a vivir juntos, cómo se entenderían bajo un mismo techo aquellos dos seres tan diferentes: ella, a quien gustaba su hogar, que compraba cazuelas y soñaba con tener un buen cocinero y caballos; él, que tan de buena gana repetía a sus amigos que, en la casa de un hombre «limpio», no debe haber, al igual de los buques de guerra, nada inútil: ni mujer, ni chiquillos, ni batería de cocina...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA

## CAPÍTULO V



ED ahora lo que sucedió el primer jueves, después de la llegada de Zenaida Fedorovna.

Ella y Orlov cenaron aquel día en casa de Catón o de Donón<sup>1</sup>. Orlov volvió solo. Zenaida Fedorovna había ido, según supe luego, a un barrio retirado, a casa de su antigua aya, en donde quería permanecer hasta que se marchasen nuestros contertulios. Orlov se cuidaba poco de enseñarla a sus amigos. Yo lo comprendí la mañana siguiente al segundo día, mientras tomaban el desayuno, al oír que Orlov le aseguraba que, para tranquilidad de ella,

1) Fondistas de moda.

suprimiría las recepciones de los jueves.

Los tres amigos llegaron, como de costumbre, casi al mismo tiempo.

—¿Está la señora?—preguntóme en voz baja Koukhouchkine.

—No, señor—contesté.

Entró, con ojos relucientes, astutos, con una sonrisa misteriosa y frotándose las heladas manos.

—¡Tengo el honor de darle mi enhorabuena!—dijo a Orlov, con su risita de vil adulación que le sacudía todo el cuerpo.—¡Les deseo que crezcan y se multipliquen como los cedros del Líbano!

Las visitas penetraron en el dormitorio, hicieron algunas observaciones del caso acerca de las diminutas zapatillas, de la alfombra que separaba ambas camas y de una bata gris arrojada en una silla. Divertiales mucho ver al hombre obstinado, al hombre que despreciaba toda vulgaridad en amor, cogido del modo más simple y vulgar del mundo en las redes de una mujer.

—¡Ahora pagará usted sus burlas!—dijo Koukhouchkine en antiguo eslavo.

Tenia la enfadosa manía de sacar a relucir viejos textos eslavos tomados de la liturgia.

—¡Chito!—prosiguió, acercándose un dedo a los labios, así que todos hubieron pasado del dormitorio al despacho de Orlov.—¡Chito! Aquí es donde Margarita piensa en su Fausto.

Y soltó una carcajada, como si hubiera dicho algo graciosísimo.

Yo miraba a Grouzine, presumiendo que a su alma de músico ofendería aquella risa. Me engañaba. Su cara buena y delgada resplandecía de júbilo. En tanto que se sentaban a la mesa de juego, dijo, tartajeando y como ahogado por su risa, que para la completa felicidad de «Jorgín» no le faltaba más que una pipa larga y una guitarra. Pekarsky se reía al unísono, pero con aspecto más moderado; no obstante, permanecía más bien preocupado, como para dar a entender que le desagradaba aquella aventura. No comprendía del todo lo que había sucedido.

—¿Y el marido?—preguntó, perplejo, cuando ya habían jugado tres *rubbers*.

—¡No sé!—respondió Orlov.

Pekarsky quedó pensativo, con la barba apoyada en los dedos. Calló hasta la hora de cenar. En la mesa, declaró lentamente, casi delectando las palabras:

—Dispénsame, pero no os comprendo a ninguno de los dos... Estábais enamorados uno de otro, podíais violar hasta la saciedad el sexto mandamiento; muy bien, eso me lo explico... Pero ¿a qué iniciar en vuestros secretos al marido? ¿Era acaso necesario?

—¡Qué más da!

—¿Eh?—exclamó Pekarsky, quedándose otra vez pensativo.—En ese caso te diré lo siguiente—continuó concentrando visiblemente sus facultades para comprender algo que le era ininteligible.—Si alguna vez me caso y se te ocurre infligirme cuernos, procura que yo no me entere. Es mucho más honrado engañar a un hombre que estropear su vida y su reputación... Sí, sí; ambos creéis que viviendo juntos a la vista de todos obráis de una manera leal y moderna; pero yo no puedo compartir ese... ¿cómo se llama?... ese romanticismo.

Nada contestó Orlov. Estaba de mal humor y no tenía ganas de hablar.

Pekarsky, perplejo aún, tamborileó un buen rato, con los dedos, en la mesa. Reflexionó, y dijo:

—No, no; no es comprendo ni a uno ni a otro. Ya no eres estudiante y ella no es una modistilla. Ambos tenéis fortuna. Creo que podrías alquilarle un piso.

—No; no puedo. Lee a Tourgeniev.

—No necesito leer a Tourgeniev. Ya lo he leído.

—Tourgeniev enseña en sus obras que toda mujer superior y que piensa francamente, debe unirse al hombre a quien ama y acompañarle hasta el fin del mundo para servir su idea—dijo Orlov con cierto reflejo de ironía tras los párpados. El fin del mundo es una licencia poética, por supuesto: el mundo entero con todos sus extremos, cabe en la vivienda del hombre amado... Por consiguiente, no vivir en la misma morada que la mujer amada, es negarle un papel elevado, es permanecer ajeno a su ideal... Sí, querido. Tourgeniev ha escrito novelas; pero

yo, en este momento, me veo obligado a salir del apuro...

—¿Qué tiene que ver Tourgeniev en todo esto? No lo entiendo—dijo suavemente Grouzine encogiéndose de hombros.—¿Recuerdas sus *Tres Encuentros*, Jorge? Se pasea de noche, tarde, por las calles de un pueblo italiano y, de pronto, oye cantar:

Vieni pensando a me segretamente!

Grouzine cantó a su vez esta frase.

—¡Es hermoso!—exclamó luego.

—¡Pero, en medio de todo, no habrá venido a instalarse en tu casa contra tu voluntad!—insistió Pekarski.—¡Tú lo habrás querido!

—¡Vaya! ¡Ahora soy yo quien lo ha querido!... Tan poco lo he deseado, que nunca creí siquiera posible la cosa. Cuando ella me indicaba que vendría a vivir conmigo, creía yo en una broma amable.

Todos rieron.

—¡No podía quererlo!—añadió Orlov, con el acento de un hombre a quien obligan a justificarse. ¡Yo no soy héroe de Tourgeniev, y si alguna vez me metiese a libertar algún pue-

blo oprimido<sup>1</sup> no se me ocurriría llevarme para ello el estorbo de una dama!... El amor, lo considero en primer lugar como una necesidad de mi organismo, necesidad baja y enemiga de mi espíritu. Hay que satisfacer el amor con discernimiento o bien ahogarlo en sí y renunciar a él: de lo contrario, introduce en la vida elementos tan malsanos como él mismo lo es. Para que el amor sea un placer y no un horror, yo procuro embellecerlo, intento adornarlo de ilusiones. Yo no voy a ver a una mujer, si no estoy previamente seguro de hallarla bella y seductora. Tampoco iré, si no estoy bien dispuesto intelectualmente. Sólo en estas condiciones lograremos engañarnos mutuamente y hacernos creer que nos amamos... Pero, ¿puedo tolerar en mi casa hileras de cacerolas y decidirme a contemplar una cabeza de mujer antes de que se peine? ¿O puedo, a mi vez, presentarme cuando aun no me he lavado o cuando estoy de mal humor?

»Por la sencillez de su alma, quie-

1) Alusión a una novela de Tourgeniev.

re Zenaida Fedorovna obligarme a querer aquello de que siempre he huído. Quiere imponerme una mudanza, tener caballos, contar mi ropa blanca, velar por mi salud. Quiere inmiscuirse constantemente en mi existencia, agregarse a cada uno de mis pasos, al tiempo que me asegura sinceramente que respetará mi libertad y mis costumbres.

»Está convencida de que, como dos recién casados, vamos a emprender en el más breve plazo un a modo de viaje de bodas, sí, es decir, que también quiere estar a mi lado en el tren y en las fondas... Y en los viajes, me gusta leer y detesto el hablar...»

—¡Sermonéala un poco!—dijo Pekarsky.

—¿Eh?... Sí, ¡si pudiera entenderlo!... Pero lo malo es casualmente que no tenemos el mismo modo de pensar. Para ella, dejar a su padre, a su madre o a su marido y seguir al hombre amado es el más alto grado de la virtud cívica; ¡para mí eso es una chiquillada! Amar, entregarse, significa para ella comenzar una nueva existencia; para mí, no quiere

eso decir nada. El amor y el macho constituyen lo esencial en su vida: quizá sean estos en ella los efectos de la filosofía de lo inconsciente, que se manifiesta sin ella notarlo; ¡pero hazle entender, en esas condiciones, que el amor no es sino una simple necesidad, como la del vestido o del alimento; que no se hundirá el mundo porque haya malos maridos o esposas infieles; que muy bien se puede ser un tenorio, un libertino, y tener índole noble, cerebro de genio, y que, por otra parte, puede uno prescindir de los goces del amor y no por eso dejar de ser un animal estúpido y dañado!... ¡Sí, hazle entender todo eso! El hombre civilizado moderno, aun el que se halla en las últimas gradas de la escala social, como el obrero francés por ejemplo, sólo gasta de cinco a diez sueldos diarios en la mujer, por término medio. Aplica su inteligencia y sus nervios al trabajo. ¡Zenaida Fedorovna dedica el amor, no sueldos, sino toda su alma! ¿Cómo quieres que le hable cuerdamente, en esas condiciones? Le echaré un sermoncillo, si quieres; pero, ¿sabes lo que me contestará?

¡Pues empezará a clamar que la he perdido, que le he destrozado la vida!

—No, no hay que hablarle razonadamente—dijo Pekarsky.—Basta alquilar un piso aparte para ella. Nada más.

—¡Eso se dice fácilmente!

Breve pausa.

—¡Sí es guapa!—dijo Koukouchkine.—Es muy simpática... Las mujeres como ella creen que amarán siempre y entréganse con frenesí.

—Sí, pero eso no es razón para dejar de tener algo de juicio—replicó Orlov.—Hay que reflexionar. La larga experiencia que nos ofrece la vida cotidiana, como la que nos ofrecen también innumerables novelas y obras teatrales, nos convence, del modo más absoluto, de que todo concubinato y adulterio, por violento que pueda ser al principio, no dura apenas, entre gentes decentes, más de dos años o, por excepción, de tres... ¡Y ella lo debiera saber!... He ahí la causa de que todas esas mudanzas de amor eterno y de eterna armonía de corazones no son más que medios de engañarme y de engañarse a sí misma.

»Es guapa, es simpática. ¿Quién lo duda?... Pero, sea como fuere, lo cierto es que ha volcado el carro de mi vida y que me obliga a elevar al nivel de cosa sería lo que antes consideraba yo nimiedades.

»Me veo forzado a inclinarme ante un idolo en quien nunca he visto una divinidad.

»Es guapa, es encantadora. Sin embargo, cuando vuelvo del ministerio a mi casa, siento no sé que molestia o disgusto, como si esperase encontrar en ella algún trastorno: por ejemplo, a los fumistas demoliendo todas las estufas y llenando el piso de ladrillos amontonados y de polvo. En una palabra, yo no doy al amor sueldos, sino parte de mi tranquilidad y de mi sistema nervioso... Mala cosa.

—¡Y pensar que ella no entiende a este hombre terrible!—intervino, lanzando un suspiro, Koukouchkine.

—¡Caballero—añadió con el tono más teatral,—yo voy a librarle del pasado deber de amar a esa exquisita criatura! ¡Voy a raptarle a Zenaida Fedorovna!

—¡Hágalo!—respondió negligentemente Orlov.

Koukouchkine se rió medio minuto, con su risa aguda, temblándole todo el cuerpo. Luego, prosiguió:

—¡Sepa que no hablo en broma! ¡No vaya luego a echarlas de Otelo!

Se ponderó luego la el infatigable ardor de Koukouchkine en cuestiones de amor; se recordó cuán irresistible era para las mujeres y peligroso para los maridos y lo mucho que lo tostarían para siempre en el otro mundo, entre ascuas, por su desordenada vida.

Koukouchkine callaba bajando la vista y haciendo un gesto de amenaza con el dedo meñique, cuando pronunciaban el nombre de una dama que todos ellos conocían: ¡aquello eran secretos femeninos que nunca se debían revelar!

De repente sacó Orlov el reloj. Los demás comprendieron y se levantaron.

Grouzine, un tanto chispo, se vestía con lenta y desesperante torpeza. Por fin logró ponerse el abrigo, muy parecido a esas capas que las familias pobres arreglan para los niños; luego, alzándose el cuello, empezó a contar un cuento que nunca acaba-

ba. Pero viendo que nadie le atendía, echóse por los hombros la esclavina de niño y, con acento culpable y suplicante, rogóme que le diera su sombrero.

—¡Jorgin mío, ángel mío!—dijo con voz tierna a Orlov.—¡Escuche: venga con nosotros a ver mujerzuelas!

—Id vosotros; yo no puedo ya... Estoy casi casado.

—¡Oh! No le reprenderá ella. ¡Es tan buena! ¡Venga, mi querido y buen jefe! ¡Hace un tiempo magnífico, el aire es vivo y algo fresco! Debe usted distraerse; ¡es usted de un humor tan taciturno!

Orlov se desperezó, bostezó y miró a Pekarsky.

—¿Vienes?—le preguntó, indeciso.

—No sé... Si queréis...

—¿Y se me embriagase? ¡Eh! ¿qué tal?... ¡Bueno! ¡Voy!—dijo decidido Orlov, tras un momento de vacilación.—Esperad, voy a buscar dinero.

Entró en el despacho, seguido de Grouzine, que arrastraba la esclavina. Luego, ambos volvieron a la antesala. Grouzine algo ébrio y muy contento, arrugaba entre los dedos un billete de diez rublos.

—Mañana se lo devolveré—decía  
 —En cuanto a ella, es muy buena, y no se enfadará... Es madrina de mi Elisita; quiero mucho a esa pobre mujer... ¡Ah! querido amigo—exclamó de pronto, riendo y apoyando la frente contra la espalda de Pekarsky.—¡Ah! ¡Pekarsky, alma querida! Por muy abogado que seas, y a veces *abogadísimo*, por más que tengas el corazón seco como un palo, te gustan sin embargo, las mujeres, ¿verdad?

—¡Sobre todo, las gruesas!—dijo Orlov, poniéndose la pelliza. Pero, démonos prisa, si no queremos encontrarla en la escalera.

--¡Vieni pensando a me segretamente!

cantó Grouzine.

Al fin salieron.

Orlov durmió fuera de casa y no volvió hasta la hora de cenar, al día siguiente.



## CAPÍTULO VI

**E**L relojito de oro de Zenaida Fedorovna, que su padre le había regalado en otros tiempos, desapareció.

Extrañóle tal desaparición y la causó malestar. Durante medio día no hizo más que andar por los cuartos, azorada, registrando mesas y cajones. Pero el reloj estaba muy perdido, como caído al fondo del agua.

Poco después, al volver de una visita o de paseo, Zenaida Fedorovna dejó en la antesala el portamonedas. Afortunadamente para mí, no fui yo quien ayudó aquel día a la joven a quitarse el abrigo, sino Pau-

lina. Al volver Zenaida Fedorovna al vestíbulo para buscar el portamonedas, no lo encontró.

—¡Esto es extraño!—dijo, perpleja. —Sin embargo, recuerdo muy bien haberlo sacado del bolsillo para pagar el coche y haberlo dejado después aquí, junto al espejo... ¡Es raro! ¡es raro!

Yo no había robado; pero al oírla decir esas cosas, experimentaba la misma sensación que si realmente fuese yo el ladrón y me hubieran cogido con las manos en la masa. Hasta tal punto, que me asomaron lágrimas a los ojos.

En la mesa, Zenaida Fedorovna dijo a Orlov, en francés:

—En nuestra casa hay espíritus. Esta mañana olvidé el portamonedas en el vestíbulo. Acabo de encontrarlo en una silla de mi cuarto. Mas los espíritus no han hecho gratuitamente ese juego de manos. En remuneración de su trabajo se han guardado una moneda de oro y veinte rublos.

—¡Una vez desaparece tu reloj, otra tu dinero!—dijo Orlov.—¿Por qué no me sucede a mí nada de eso?

Momentos después, no se acordaba ya Zenaida de la jugarreta de los espíritus, y contaba, riendo, a Orlov, que días atrás había encargado papel de cartas a su papelería; pero que, como se había olvidado de dar su nueva dirección, el tendero mandó el papel a su antiguo domicilio, en donde su marido tuvo que pagar la cuenta: ¡doce rublos!... Y de pronto, detuvo la mirada en Paulina fijándose en ella. Se sonrojó y turbóse de tal modo, que tuvo que hablar de otra cosa.

Cuando serví el café en el gabinete, Orlov estaba junto a la chimenea, de espaldas al fuego, y ella sentada frente a él, en una butaca.

—No estoy de mal humor, no—decía la señora, en francés.—Pero cuanto más lo pienso, tanto más clara me parece la cosa. Podría decirte el día y la hora, sí, hasta la hora, en que ella me robó el reloj. Y en cuanto al portamonedas, no puede haber la menor duda.

Tomó la taza de café que yo le llevaba.

—¡Ahora—prosiguió, riendo—me explico por qué pierdo tan a me-

nudo guantes y pañuelos! Tú dirás lo que quieras, pero mañana mismo despido a esa mujer y encargaré a Stepane que vaya en busca de Sofia, mi doncella... Ésta no es ladrona ni tiene esa presencia desagradable.

—Estás de mal humor. Mañana te hallarás en mejor disposición de ánimo y reconocerás que no se puede despachar a nadie por el solo motivo de sospechar algo de él.

—Yo no sospecho: estoy segura de que es una ladrona—replicó Zenaida.—En tanto que sospechaba del proletario de cara lastimosa que está ahí, no decía yo una sola palabra... Siento mucho que no me creas, Jorge.

—El que no veamos ciertas cosas del mismo modo, no quiere decir que no te crea. Admitamos que tienes razón—repuso Orlov, arrojando al fuego la colilla;—¿a qué viene enfadarse de ese modo? Declaro que no esperaba que mi casita con su gobierno te proporcionase tantos disgustos y tonta agitación. ¿Te falta una moneda de oro? ¡Vaya una cosa! Coge cien de mi cuarto, si quieres;

pero, variar el orden de mi casa, tomar nueva doncella, esperar que ésta se acostumbre, todo ello es largo y pesado y no está de acuerdo con mi genio... Nuestra actual doncella es, en efecto, algo corpulenta, y tal vez tenga un flaco por los guantes y pañuelos; pero sabe servir, está acostumbrada y no protesta cuando por casualidad la pellizca Koukouchkine.

—En una palabra, no puedes separarte de ella... ¡Pues bien, debieras habérmelo dicho en seguida!

—¿Tienes por ventura celos?

—¡Sí, estoy celosa!—respondió Zenaida Fedorovna.

—Gracias.

—¡Si, estoy celosa!—repitió ella, brillando lágrimas en sus ojos.—Además, no, no son celos lo que siento, es algo peor, algo que no sé designar con un nombre.

Apretóse las sienes y continuó:

—¡Sois, a veces, tan repugnantes los hombres!... ¡Esto es horrible!

—Yo no veo nada horrible.

—No sé, yo nunca lo he visto; pero he oído decir que los hombres, ya de muy niños, empiezan con las cria-

das, y, por costumbre, no sienten luego repulsión alguna por ellas. No sé, no sé; pero también lo he leído... Probablemente tendrás razón, Jorge —prosiguió, acercándose a Orlov y dando a la voz inflexiones acariciadoras y suplicantes;—sí, en efecto, hoy estoy malhumorada. Pero, comprende que no puedo menos: esa mujer me repugna y asusta; sólo el verla me molesta.

—¡Cómo! ¿No se puede uno elevar por cima de semejantes pequeñeces? —dijo Orlov, encogiéndose de hombros y separándose de la chimenea. —Haz una cosa muy sencilla: ¡haz como si ella no existiera, así no te volverá a repugnar, y no tendrás que convertir en drama el menor incidente!...

Salió del gabinete y no sé cuál fué la respuesta de la joven. Sea lo que fuere, Paulina se quedó en casa. Pero, desde aquel día, Zenaida Fedorovna no volvió a dirigirle la palabra, y se afaná por no recurrir a sus servicios. Estremeciase cuando Paulina le llevaba cualquier cosa o simplemente cuando pasaba ante ella haciendo sonar su brazaletes.

Persuadido estoy de que si Grouzine o Pekarsky hubieran suplicado a Orlov que despidiese a Paulina, él lo hiciera sin sombra de vacilación, sin tomarse siquiera la molestia de indagar el motivo de tal petición. Pero, con Zenaida Fedorovna tenía, no sé por qué, empeño en demostrar, hasta en las circunstancias más fútiles, una terquedad casi rayana en despotismo. La cosa que agradaba a Zenaida Fedorovna, sabía yo de antemano que desagradaba a él. Cuando, al volver de recorrer tiendas, apresurábase ella a enseñarle sus compras, apenas daba él una rápida ojeada a todo, diciendo con frialdad que cuantos más objetos inútiles hay en una habitación, tanto menos aire entra en ella... A veces, después de haberse vestido de frac para salir y después de dar las buenas noches a Zenaida Fedorovna, ocurríale desistir repentinamente, por capricho. Entonces se me antojaba que permanecía en casa únicamente para sentirse desgraciado.

—¿Por qué no sales?—preguntábale Zenaida Fedorovna, con una entonación de enfado que desmentía

el alegre resplandecimiento de su fisonomía.—¿Por qué te quedas?... Estás acostumbrado a pasar la noche fuera, y no quiero que varíes por causa mía... Vete, pues, por favor, adonde pensabas ir: de lo contrario, creeré que te has quedado por mi culpa.

—Pero ¿quién te dice que tengas tú la culpa?—respondió Orlov.

Con cara de víctima, ibase a su gabinete, se hundía en un sillón, y, protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera, empezaba a leer. Mas pronto le escapaba el libro... Orlov se movía pesadamente en el sillón, continuando con los ojos protegidos como para preservarse del sol. Rabiaba por no haber salido.

—¿Se puede pasar?—murmuraba Zenaida Fedorovna, franqueando tímidamente el umbral de la puerta.—¿Estás leyendo? Yo me aburría sin tí y vengo a verte... un ratito.

Recuerdo que una noche entró así, tímidamente, en el cuarto de Orlov, acurrucándose a sus pies, en la alfombra. En sus movimientos tímidos y lentos, veíase claramente que no

sabía si él estaba de buen humor y que ella sentía inquietud.

—Lees y más lees—dijo con voz tierna, queriendo halagarle.—¿Sabes cuál es uno de los secretos de tus triunfos, Jorge? Pues que eres ilustrado, sí, muy inteligente. ¿Qué libro es ese?

Orlov respondió. Luego reinó el silencio durante algunos minutos que a mí me parecieron interminables. Yo estaba en la sala, de donde veía a ambos, y temía un súbito ataque de tos.

—Quisiera decirte una cosa—dijo dulcemente Zenaida Fedorovna, y rompió a reír al instante. No sé si decírtelo. Te burlarías de mí y me contestarías que me engaño con una ilusión. Pero ¡me vienen tantas ganas de creer que te has quedado hoy en casa por mí, para complacerme... y para que terminemos la noche juntos!... ¿No? ¿Puedo creerlo?

—¡Lo puedes!—respondió Orlov, protegiéndose los ojos.—El mortal verdaderamente feliz es el que no sólo cree en lo que existe, sino también en lo que no existe.

—Acabas de pronunciar una frase

que no he entendido bien. ¿Querrás, acaso, decir que las gentes felices viven de su imaginación?... Cierto es... Por ejemplo, a mí, me gusta mucho hallarme, por la noche, en tu cuarto, y dar libre curso a mis pensamientos, que me conducen lejos, muy lejos... Soñar es a veces muy agradable. ¿Quieres que soñemos juntos, en voz alta, Jorge?

—Ese arte me es desconocido, ya que nunca he estado en colegios de monjas.

—¿Estás de mal humor?—preguntó Zenaida Fedorovna, cogiendo en su mano la de Orlov.—¿Por qué dices eso? Cuando te ves así, no sé si te duele la cabeza o si estás enfadado conmigo...

De nuevo hubo varios minutos de silencio.

—¿Por qué has variado tanto?—dijo ella en voz casi baja.—¿Por qué no eres tan cariñoso y alegre como lo eras en mi casa de la calle Znamenskaia?... Ya hace casi un mes que estoy contigo, y me parece que ni siquiera hemos empezado a vivir juntos; ni tan sólo hemos hablado aún juntos como conviene. Cuando

te interrogo, me contestas o con bromas, o con frases pesadas y heladas, como un dómine... ¿Por qué has dejado de hablarme formalmente?

—Siempre hablo formalmente.

—¿Sí? ¡Pues hablemos!...—¡Por Dios, Jorge, hablemos un poco formalmente!... Sí, ¿quieres?

¡Hablemos, pues! ¿De qué?

—¡Hablemos de nuestra vida, de nuestro porvenir—dijo Zenaida Fedorovna en tono de ensueño.—Yo formo constantemente proyectos... ¡y soy tan dichosa! En primer lugar, voy a hacerte una pregunta: ¿cuándo te retiras del servicio?

—¿Cómo?—exclamó Orlov, quitándose la mano de sobre los ojos. ¿Por qué habría de dejarlo?

—Porque con tus convicciones, no puedes servir. No es ese tu puesto...

—¿Mis convicciones?—repitió Orlov.—¿Mis convicciones?... Pero si son, como mi temperamento, las de un vulgar pelagatos las de un héroe de Tchadrine. Me atrevo a asegurarte que me tomas por otro...

—¿Otra vez bromas, Jorge?

—¡Nada de eso!... Quizás no me satisfaga del todo el servicio; pero

me conviene más que otra cosa. Estoy acostumbrado; en él encuentro a gentes como yo, no estoy de más y, en medio de todo, generalmente me siento bastante bien.

—Tú detestas el servicio; te repugna.

—¿Eso crees? ¿Crees que si presento la dimisión, voy a dedicarme incontinenti a soñar en voz alta y a volar por otro mundo?... ¿Crees que ese mundo me fuera menos odioso que el servicio?

—Estás dispuesto a calumniarte por el afán de contradecirme — respondió Zenaida Fedorovna, levantándose, ofendida. — Siento haber entablado esta conversación.

—¿Pero a qué enfadarse? Yo no me enfado porque tú no seas funcionario... ¡Viva cada cual como le guste!

—¿Acaso vives tú como te gusta? Escribir toda la vida papeles que están en contradicción con tus ideas — continuaba Zenaida Fedorovna, golpeándose las manos una con otra, en un arrebato de pena — tener amos sobre ti, felicitar a los jefes el día primero de año, y jugar a las cartas, jugar, jugar; pero, so-

bre todo, servir a un régimen político con el cual no puedes simpatizar... ¡no, Jorge, no!... ¡no te burles tan duramente!... eso es terrible. ¡Eres un hombre de ideas; y no puedes servir más que a una idea!

—¡Indudablemente, me tomas por otro! — repitió Orlov, tras un suspiro.

—Di simplemente que no quieres hablar conmigo... ¡No puedes sufrirme y esa es la cosa! — exclamó ella con voz llorona.

—Escucha, querida mía — declaró Orlov, con acento doctoral, enderezándose en el sillón. — Acabas de ser lo bastante amable para notar tú misma que soy hombre inteligente e instruido. Pues bien, no se dan lecciones a un sabio. Todas las ideas, grandes o pequeñas, que sobrentendías al llamarme hombre de ideas las conozco de sobra. Por tanto, desde el momento que doy la preferencia al servicio y a la baraja, es que, aparentemente, tengo mis razones... ¡Eso en cuanto a las ideas respecta!... Ahora, tú no has despedido nunca, que yo sepa, empleos del Gobierno; no puedes, pues, juzgar el servicio sino por

anécdotas o por malas novelas. Haríamos bien en convenir, entre nosotros, una vez para siempre, en no hablar ni de las cosas que no conocemos tiempo há uno y otro ni de las cosas que escapan a nuestra competencia.

—¿Por qué me hablas así?—dijo Zenaida Fedorovna, retrocediendo como espantada.—¿Por qué? Jorge, en nombre de Dios, piensa...

Su voz tembló y se apagó. Notábase que ella quería contener el llanto; más, de pronto, rompió en sollozos.

—¡Jorge, Jorge amado, me muero!—dijo en francés al tiempo que se postraba rápidamente a los pies de Orlov, colocando la cabeza en sus rodillas. Estoy rendida, cansada de padecer, no me quedan fuerzas. ¡No puedo más! En mi infancia sufrí a una madrastra execrable, depravada... luego, a mi marido... Ahora a ti... a ti... A mi loco amor respondes con ironía y con frases glaciales... ¡Y esa doncella horrible e insolente!... Sí, sí—prosiguió,—veo que no me consideras como tu mujer, tu compañera; para ti soy una mu-

jer a quien no aprecias porque esta mujer se ha convertido en tu amante... ¡Me mataré!

No esperaba yo que esas palabras y esas lágrimas produjeran tan honda impresión en Orlov. Este se puso colorado, empezó a removerse con inquietud en el sillón, y su cara, en vez de ironía, manifestaba miedo, miedo infundado y pueril.

—Amada mía, amor mío, no me has entendido, te lo juro—murmuró lastimeramente, acariciándole los hombros y cabellos.—¡Perdóname, te lo suplico! He hecho mal... y soy un hombre detestable.

—Te canso con mis quejas y mi llanto—contestó ella.—Eres un hombre recto, magnánimo, un hombre excepcional... Lo noto a cada momento... Pero no sé que angustia me ahogaba todos estos días...

Con súbito arrebató, Zenaida Fedorovna enlazó el cuello de Orlov y le abrazó.

—¡Pero no llores, te lo ruego!—dijo Orlov.

—¡No, no; no volveré a llorar! Harto he llorado. Ahora todo vuelve a estar bien.

—En cuanto a la doncella, mañana mismo se irá,—dijo Orlov temblando, agitándose aún, inquieto, en el sillón.

—¡No, Jorge, que se quede! ¡Ya no me asusta! Tenias razón. Hay que sobreponerse a esas pequeñeces y no meterse tonterías en la cabeza... Sí, tienes razón... ¡Eres un hombre excepcional!

Pronto dejó de llorar. Teniendo en las cejas lágrimas aún no secas, sentada carifiosamente en las rodillas de Orlov, susurrábale a media voz algo amable y conmovedor, que semejaba recuerdos de infancia, acariciábale el rostro con los dedos, le besaba, miraba atentamente las manos de aquel hombre, sus sortijas, los dijes de la cadena de reloj. Estaba absorta en su relato, en la presencia del a quien adoraba, y debido sin duda a que las lágrimas anteriores le habrían limpiado y refrescado el alma, tenía su voz timbre más puro é inflexiones de extraordinaria sinceridad. Orlov jugueteaba con los cabellos castaños de la joven y le daba besos mudos en las manos, que apenas rozaba con los labios.

Luego, tomaron té en el mismo gabinete. Zenaida Fedorovna leía en voz alta cartas cualesquiera a Orlov. Dadas las doce fueron a acostarse.

Aquella noche me dolía mucho el costado: hasta la madrugada no consentí calentarme en el lecho ni dormir. Oí a Orlov salir del dormitorio para ir a su despacho. Permaneció en él una hora poco más o menos, al cabo de la cual, llamó. Me sentía yo tan mal y estaba tan rendido que olvidé todas las conveniencias y toda clase de etiqueta, acudiendo al llamamiento de mi amo, sin vestirme, en camisa de noche, y descalzo.

Orlov estaba en el umbral de la puerta, vestido con una bata y un gorro. Me esperaba.

—¡Cuando se te llame, has de presentarte vestido!—me dijo severamente.—¡Renueva las velas!

Quería disculparme, pero me dió un fuerte ataque de tos, y, para no caer, me así al jambaje de la puerta.

—¿Está usted enfermo?—preguntóme Orlov.

Desde que nos conocíamos, era la primera vez que me trataba de «usted.» ¡Sabe Dios por qué!... Tal vez, en camisa de dormir y con el rostro convulsionado por la tos, desempeñara yo mal mi papel y me pareciese muy poco a un lacayo.

—Si está enfermo ¿por qué trabaja?—dijo.

—¡Para no morirme de hambre!—le contesté.

—¡Oh! ¡qué odioso es todo eso en medio de todo!—exclamó a media voz, encaminándose a su escritorio.

En tanto que, después de taparme de prisa con un abrigo, substituía yo en los candelabros las bujías consumidas, él, sentado ante la mesa, con los pies en una butaca, abría las páginas de otro libro.

Cuando me retiré, estaba sumido en su lectura, y no se le caía ya el libro de las manos, como pocas horas antes.



## CAPÍTULO VII

**H**OY, mientras escribo estas líneas, me paraliza un temor que siento desde mi niñez: el temor de parecer sensible y ridículo en exceso. Cuando quiero ser cariñoso y decir cosas tiernas, soy incapaz de hallar el término exacto. Casualmente por motivo de ese temor, y también por falta de costumbre, es por lo que no sabré enunciar del todo claramente lo que pasaba entonces en mi corazón.

Yo estaba enamorado de Zenaida Fedorovna; pero, en el sentimiento ordinario, humano, que me arrastraba a ella, había muchas más ju-

ventud, frescura y alegría que en el amor de Orlov a su coima.

Al manejar, por la mañana, el cepillo de las botas o la escoba, acechaba con deliciosa ansiedad el momento en que al fin percibiría su voz y el suave ruido de sus pasos. Quedarme de pie en el umbral, con los ojos clavados en ella, al tiempo de desayunar; ayudarla a ponerse el abrigo en el vestíbulo, o introducir en sus piecitos los chanclos, en tanto que, con la mano se apoyaba en mi hombro; esperar luego que el portero llamase, desde abajo, anunciando la vuelta de Zenaida Fedorovna, abrir a ésta la puerta y verla aparecer muy sonrosada, llena de frío, salpicada de nieve; oír sus rápidas exclamaciones acerca de la temperatura o del coche por pagar: ¡si supiérais cuánto me interesaba todo esto!...

Yo quería amar, tener una familia propia y que mi futura esposa tuviera exactamente la misma cara y la misma voz que Zenaida Fedorovna. Pensaba en ella al comer; en ella pensaba en la calle, al ir a cualquier recado; de noche, cuando no

podía dormir, pensaba también en ella. Orlov, al parecer hastiado, arrojaba lejos de sí los trapos de mujer, los hijos, la cocina, las cazuelas de metal: yo lo recogía todo cuidadosamente; lo acariciaba en mis sueños, lo quería, lo imploraba del destino; veía en espíritu a una mujer, la mía, un cuarto con niños jugando en él, pequeñas alamedas en un jardín, una casita... todo ello muy mío.

Sabía que si me dedicaba a amar simplemente a Zenaida Fedorovna no podría esperar el milagro de la reciprocidad. Esto no me preocupaba nada. En mi humilde y tranquilo afecto a ella, no había celos de Orlov ni siquiera envidia alguna: sobrado comprendía yo que para un sér enclenque como yo, la felicidad no podía apenas existir más que en sueños.

Cuando, a altas horas de la noche, al esperar el regreso de su Jorge, miraba Zenaida Fedorovna, con los ojos inmóviles, las páginas de un libro, sin volverlas nunca, o cuando se estremecía, palideciendo, porque Paulina atravesaba el cuarto, yo pa-

decía con ella, y entonces se me ocurría la idea de sajar bruscamente tan duro abceso, de hacer sin demora algo por ella, de revelarles lo que allí se decía los jueves.

Pero ¿qué hacer y cómo?

\* \* \*

Cada vez con más frecuencia la veía yo llorar. Las primeras semanas, se reía o tarareaba, aun en ausencia de Orlov; pero, al cabo de un mes, reinaba en casa un triste silencio, que sólo se interrumpía los jueves.

Ella halagaba a su Orlov, y para obtener una sonrisa exenta de sinceridad o un beso, arrodillábase ante él y, mimosa, contra él se frotaba, como un perrito. Por otra parte, al pasar ante un espejo, y hasta cuando tenía el corazón contristado, nunca podía menos de echarse una mirada a sí misma y arreglar algún detalle de su peinado. Hacíaseme extraño que Zenaida Fedorovna continuase ocupándose en sus vestidos y mostrándose tan satisfecha de sus compras: mal cuadraba esto con su tris-

teza habitual. Seguía la moda y mandaba fabricarse trajes caros. ¿Para qué? Recuerdo especialmente un vestido que costó cuatrocientos rublos. ¡Dedicar cuatrocientos rublos a un traje superfluo, inútil, en tanto que nuestras costureras ganan, por una labor de forzado, veinte copeques diarios, sin alimentación, y que a las encajeras de Bruselas o Venecia les pagan un salario de cincuenta céntimos, obligándolas a proporcionarse por la prostitución lo que les falta para vivir!...

Antojábaseme muy extraño y me disgustaba que Zenaida Fedorovna no pensase en ello. Pero, así que ella salía, hallaba yo disculpa para todo, y acechaba con igual impaciencia el campanillazo con que el portero me anunciaba al fin el regreso de la joven.

Portábase ella para conmigo como respecto a un ayuda de cámara, a un sér inferior. Se puede acariciar un perro y, al mismo tiempo, no notar su presencia. Me daban órdenes, se me interrogaba; pero no se enteraban de que yo existiera. Mis amos

no estimaban conveniente hablarme más de lo nueva admite la buena sociedad; si, al servir yo a la mesa, se me hubiera ocurrido tomar parte en su conversación o reír, creyéranme loco y me despidieran. No obstante, Zenaida Fedorovna me demostraba benevolencia. Cuando me enviaba a un recado o me explicaba el manejo de un nuevo utensilio o cualquier otra cosa por el estilo, su rostro aparecía claro, bonísimo y afable y sus ojos me miraban de frente. Entonces imaginaba yo que ella se acordaba agradecida de la época en que le llevaba cartas a la calle Znamenskaia. Si ella llamaba, Paulina, que me consideraba como favorito de Zenaida Fedorovna y por ello me odiaba, decíame con sarcástica y pérfida sonrisa:

—¡Ve, que te llama *la tuya!*

Zenaida Fedorovna me trataba como a una criatura infima, y no sospechaba que la única criatura verdaderamente humillada en nuestra casa era ella misma. No suponía que yo, su ayuda de cámara, padecía por ella y que veinte veces al día pensaba en lo que le aguardaba

y en cómo acabaría todo aquello... Y visiblemente todo iba cada vez peor...

A partir del día en que hablaron de su empleo, Orlov, que detestaba las lágrimas, empezó a temer, a evitar las conversaciones con Zenaida Fedorovna. Y, cuando ésta entablaba o suplicaba una discusión, o cuando estaba a punto de llorar, Orlov inventaba un pretexto conveniente para retirarse a su despacho o para huir del hogar. Iba durmiendo cada vez menos en casa, y aun era más raro que viniera a cenar; los jueves era él mismo quien rogaba a sus amigos que le llevaran a cualquier sitio.

Zenaida Fedorovna seguía pensando en una cocina, en un nuevo piso, en un viaje al extranjero; pero sus sueños no pasaban de sueños. La cena se encargaba a la fonda; la cuestión de la mudanza habíase aplazado hasta regresar del extranjero, por deseos de Orlov, y respecto del viaje, decía que era imposible emprenderlo antes de que le creceran los cabellos, porque, según él, no se pueden recorrer fondas y ser-

vir razonablemente a «la idea», sin tener cabellos largos, cabellos de «intelectual».

Para colmo, Koukouchkine empezó a venir a nuestra casa por la noche, cuando no estaba Orlov. Nada de particular había en sus modales; mas yo no olvidaba aquella conversación en la cual anunció privar a Orlov de Zenaida Fedorovna.

Ésta le ofrecía té y vino; él seguía con sus carcajaditas creyendo, sin duda, agradar a la joven; declaraba que la unión libre era, sin comparación, más digna que el matrimonio y que había que saludar muy respetuosamente a Zenaida Fedorovna.



## CAPÍTULO VIII

**L**AS fiestas de Navidad transcurrieron en casa aburridas y con el vago temor de alguna desgracia. El 31 de Diciembre, al desayunar, anunció súbitamente Orlov que sus jefes le mandaban con una misión especial, junto a un senador que efectuaba un viaje de inspección por un distrito lejano.

—No tengo ganas de ir, no; pero ¿qué puedo pretextar para quedarme? — dijo, fingiendo disgustarse. ¡Hay que obedecer: no cabe otro recurso!

Ante tal noticia, mojáronse instantáneamente los párpados de Zenaida Fedorovna.

—¿Es largo, ese viaje?—preguntó.

—Unos cinco días.

—En medio de todo, me alegro—dijo la dama, tras un momento de reflexión. — Así te distraerás... Tal vez tengas algún devaneo en el camino, y me lo contarás a la vuelta.

A la menor ocasión, la joven daba a entender a Orlov, que no le cohibía y que él podía disponer de sí a su antojo; pero tan somera diplomacia, sin concierto alguno, nunca engañaba a nadie: aquel día no produjo otro efecto que recordar a Orlov una vez más que no era libre.

—Me marchó esta misma noche— anunció Jorge.

Y empezó a leer los periódicos.

Zenaida Fedorovna quería acompañar a Orlov a la estación. El la disuadió: no partía para América ni se ausentaba por cinco años; apenas estaría fuera cinco días y quizá menos.

Despidiéronse a las ocho. Orlov la rodeó con un brazo y la besó en la frente y los labios.

—Sé razonable, no te apenes sin mí—le decía Orlov, con voz afectuo-

sa, cordial, que hasta me emocionó.

—¡Dios te guarde!

Ella contemplaba ávidamente el rostro de su Jorge, para grabarse bien en la memoria los rasgos queridos. Luego, con gracioso movimiento, apoyó la cabeza contra el pecho de su amante.

—Perdóname nuestras desavenencias—dijo Orlov, en francés.—Entre marido y mujer tiernamente enamorados, son inevitables las disputas. Yo te amo con locura... Piensa en mí... Telegrafíame a menudo, y extensamente.

La besó una vez más y, sin pronunciar una palabra, se fué, un tanto confuso. Al ruido de la puerta que se cerraba con llave, detúvose, pensativo, en la escalera y dirigió una mirada tras de sí. En aquel instante, el menor llamamiento de nuestra casa le hubiera decidido probablemente a quedarse. Pero todo estaba tranquilo. Abrochóse el abrigo y bajó, con paso indeciso, por la escalera.

Ante la escalinata esperaban dos coches. Orlov montó en uno de ellos, y yo, con dos maletas, en el otro.

El frío era penetrante. En las en-

crucijadas ardían humeantes brase-ros. El viento, que la velocidad de nuestra carrera hacía más glacial, me cortaba cara y manos; yo estaba sin aliento. Cerré los párpados y me entregué a mis reflexiones... ¡Qué admirable criatura! ¡Cómo amaba! Hoy día, se recogen los objetos inútiles para venderlos en provecho de los pobres: hasta el mismo cristal roto tiene valor comercial; mas una cosa tan preciosa, tan rara como el amor de una mujer joven, elegante, inteligente y honrada, es despreciada. Un antiguo moralista consideraba toda mala pasión como una fuerza que, con habilidad, podía encaminarse al bien: entre nosotros, si surge una pasión bella y generosa, no tarda en gastarse, impotente, no comprendida, mancillada... ¿Por qué ocurre esto?

Los dos coches se detuvieron. Abrí los ojos: estábamos en la calle Serguievskaja, ante el palacio de Pekarsky.

Orlov se apeó del carruaje y entró en la casa. Minutos después, un criado de Pekarsky, con la cabeza descubierta, apareció a la puerta y

me gritó, furioso por exponerse al frío:

—¿Estás sordo?... ¡Te llaman!... ¡Paga a los cocheros y sube!

Sin comprender nada, subí al segundo piso. Ya había ido yo a casa de Pekarsky, es decir, que desde el vestibulo había entrevisto su salón, el cual sobre todo al salir de la atmósfera oscura y húmeda, me chocaba siempre por el brillo de los marcos dorados, de los bronce y de los muebles preciosos. Ahora, en medio de aquel esplendor, veía a Grouzine, a Koukouchkine, y luego a Orlov.

— Oye, Stepane — me dijo éste, acercándose a mí. — Viviré aquí hasta el viernes o el sábado. Si hay cartas o telegramas, tráemelos... Dí, como es natural, a la señora, que me he marchado, y que la saludo... Puedes retirarte

\* \* \*

En casa, hallé a Zenaida Fedorovna en la sala, tendida en un sofá y comiendo una fruta. Una sola bujía la alumbraba.

—¿Han llegado ustedes a tiempo a la estación?—me dijo.

—Sí, señora, El señor saluda a la señora.

Me fui a mi cuarto y me tumbé en la cama. No tenía nada que hacer. No me extrañaba, no me indignaba; pero me afanaba por comprender por qué y con qué intención había recurrido Orlov a tal engaño. Sólo los boquirrubios engañan así a sus concubinas. ¿Cómo él, un hombre que leía, que razonaba, cómo no halló nada mejor?... Confieso que no tenía yo mediano concepto de su ingenio. Creo que, si hubiera tenido que engañar al ministro o a cualquier otro personaje poderoso, hubiese desplegado mucha habilidad y energía. Pero, para engañar a una mujer, consideró suficiente el primer medio que acudió a su imaginación; si la superchería salía bien, tanto mejor; si no, no era cosa de gran importancia, y fácil le sería inventar otra mentira, tan rápida y simple como la primera, sin quebrarse la cabeza en imaginar pretextos.

A las doce de la noche, cuando en

el piso inmediato superior al nuestro, empezaron a mover sillas y a saludar con «¡Hurra!» al año nuevo. Zenaida Fedorovna me llamó desde el cuarto contiguo al despacho.

Cansada de velar tanto tiempo, escribía, en su escritorio, unas líneas en un trozo de papel.

—Tenga un telegrama—me dijo.—Coja un coche y vaya pronto a expedirlo.

En la calle, leí lo que contenía el papel:

«Te deseo un año bueno y feliz. Telegrafíame pronto; me aburro mucho. Hace una eternidad que no estás aquí. Siento que no sea posible mandarte por telégrafo mil besos y hasta mi corazón. Sé feliz, tú, única esperanza mía.

»ZINA.»

Expedí el telegrama. A la mañana siguiente entregué el recibo á Zenaida Fedorovna.

